

Catherine Blackledge



El origen del mundo

El poder de la vagina
a través de la historia

PENÍNSULA

El origen del mundo

El poder de la vagina a través de la historia

Catherine Blackledge

Traducción de Zoraida de Torres Burgos

Título original: *Raising the Skirt*

First published in Great Britain in 2003 by Weidenfeld & Nicolson
Reissued in 2020 by Weidenfeld & Nicolson an imprint of The Orion Publishing Group Ltd

© Catherine Blackledge 2003

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición bajo el título *Historia de la vagina*: noviembre de 2005
Primera edición en esta presentación: octubre de 2020

© de la traducción del inglés: Zoraida de Torres Burgos, 2005, 2020

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2020
Edicions Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Maria García - fotocomposición
Depósito legal: B. 7.599-2020
ISBN: 978-84-9942-917-5

ÍNDICE

Prólogo para la edición de 2020	13
Introducción	31
1. El origen del mundo	41
2. Femalia	97
3. Una revolución de terciopelo	135
4. Los secretos de Eva	177
5. Se abre la caja de pandora	229
6. El jardín perfumado	287
7. La función del orgasmo	337
Lecturas recomendadas	397
Ilustraciones	409

EL ORIGEN DEL MUNDO

Según un dicho catalán, «*La mar es posa bona si veu el cony d'una dona*» («El mar se calma cuando ve el coño de una mujer»). Esta fe de los catalanes en el poder de la vagina se refleja en una costumbre de buen agüero: las mujeres de los pescadores enseñan sus genitales al mar antes de que zarpen sus maridos. Lógicamente, esta creencia tiene una contrapartida: la mujer que orina dentro del mar puede provocar una tormenta. Pero hay otras tradiciones donde la visión de los genitales femeninos tiene el poder de aplacar a las fuerzas de la naturaleza. Por ejemplo, en la región de Madrás, al sur de la India, se creía que una mujer podía frenar una tormenta enseñando el sexo. Y en la *Historia natural* de Plinio, escrita en el siglo I de nuestra era, se dice que las granizadas, los torbellinos y los relámpagos se aquietan ante la visión de una mujer desnuda.

Esta curiosa capacidad para aplacar a los elementos no es la única que el folclore y la historia atribuyen a la exhibición del sexo femenino. Diversos autores reconocen un marcado carácter apotropaico a los genitales de la mujer. Es decir, consideran que una mujer puede alejar la desgracia enseñando su sexo. Expulsar a los demonios, alejar a los espíritus malignos, ahuyentar a los animales carnívoros, aterrar a los guerreros enemigos o huir de las deidades amenazadoras: estas son algunas de las hazañas atribuidas a los genitales de la mujer. Son varias las leyendas que hablan de mujeres que se exhiben sin sentir vergüenza alguna. Tanto Plinio como otro historiador de la Antigüedad, Plutarco (c. 46-c. 120 de la era común, EC), describen héroes y dioses que huyen ante la visión de unos genitales femeninos. Según un viajero

que visitó el norte de África en el siglo XVI, los habitantes de esa zona creían que los leones huían asustados al ver el sexo de una mujer. En algunos lugares, las plañideras enseñaban la vulva en los entierros para exorcizar a los demonios. Un relato del folclore ruso cuenta que una muchacha se levantó la falda para ahuyentar a un oso escapado del bosque. Parece que la mejor opción que tiene una mujer ante la adversidad es exhibir sus genitales. Si lo hace frente a un hombre, el gesto sirve para demostrar que está junto a una de las hermanas.

Esta visión de la vagina puede resultarnos sorprendente e incluso inquietante. ¿Cómo puede alguien pensar que los genitales femeninos aplacan los elementos y alejan la desgracia? Lo cierto es que esta visión es atípica en la mayoría de las culturas actuales. En el mundo occidental y en el siglo XXI, la imagen de una mujer que muestra sus genitales se suele asociar irremediabilmente al sexo, la pornografía y la sumisión. Muchas personas encuentran ofensiva la idea de una mujer exhibiendo la vulva; no es habitual que lo consideren un gesto positivo, y menos aún protector. Las propias mujeres suelen sentir una mezcla de vergüenza e incomodidad ante la idea de mostrar su sexo en público y no asocian este acto al respeto, el poder ni la autoridad. Numerosas culturas insisten en mantener cubiertos los genitales de la mujer, lo cual contribuye a rodear la imagen de la vulva de connotaciones negativas. En la actualidad, el sexo desnudo de la mujer se asocia con un concepto especialmente significativo: el del parto, es decir, el momento en que la vagina de la mujer se abre y permite milagrosamente que el bebé se incorpore al mundo. Se podría decir que el parto es la única faceta pública «aceptable» de los genitales femeninos. Es la única imagen de la vulva que somos capaces de ver sin herir nuestro pudor.

No obstante, hay indicios de que siglos atrás, en diferentes lugares del mundo, las mujeres se levantaban las faldas sin sentir vergüenza. Desde Italia —en la región de Abruzzo se atribuía un poder especial al gesto— hasta la India —donde se creía que alejaba las influencias malignas—, la exhibición voluntaria de los genitales femeninos tiene una abundante presencia en la historia, el folclore y la literatura. Un grabado realizado por Charles Eisen en el siglo XVIII para ilustrar las *Fábulas* de Jean de La Fontaine describe con gracia la capacidad de la vulva para ahuyentar las fuerzas malignas (ver figura 1.1). En esta sorprendente escena, una joven se enfrenta valerosamente al demonio.



Figura 1.1. La exhibición de la vulva ahuyenta al diablo.

Apoyándose en la pared con la mano izquierda, se levanta las faldas con la derecha y muestra el centro sexual de su cuerpo a la vista de Satanás. El demonio retrocede atemorizado al ver desvelada su feminidad. Según cuenta la fábula, con este gesto la muchacha vence al demonio y lo aleja de su aldea. Un par de siglos antes, el escritor francés Rabelais imaginó una vieja llamada Papefiguiere que ahuyentaba al demonio de la misma manera, y este enfrentamiento entre la vulva y el mal ilustra algunas jarras de cerámica del siglo XVII. Estoy segura de que debía de ser muy divertido beber cerveza contemplando la escena.

Al parecer, la fe en el poder de la vulva para derrotar al demonio o a los enemigos estuvo muy extendida en el tiempo y en el espacio, ya que los relatos de mujeres que se exhiben con este propósito no se limitan a un solo momento histórico ni a una sola cultura. Al contrario, existían hace milenios y siguen existiendo en la actualidad (como hemos visto en la introducción) y se han encontrado en todos

los continentes. En «Virtudes de las mujeres», Plutarco recuerda que una vez, después de que un grupo de mujeres se levantaran la túnica, cambió el resultado previsible de una guerra. Según este historiador, en una batalla entre los persas y los medas, los guerreros persas quisieron emprender la retirada, pero sus mujeres les cerraron el paso, acusándolos de cobardes. Las persas se levantaron la falda para mostrar su desnudez a sus compatriotas. Los soldados persas, avergonzados por la exhibición del sexo femenino, volvieron a enfrentarse a sus enemigos y terminaron ganando la batalla.

Unos mil novecientos años después, un periódico occidental recogía una historia similar. En el *Irish Times* del 23 de septiembre de 1977 se publicaba el siguiente relato, firmado por Walter Mahon-Smith:

En una pedanía cercana al pueblo donde yo vivía, había dos familias de granjeros enemistadas desde hacía varias generaciones. Cierta día, antes de la Primera Guerra Mundial, los varones de una de las familias, armados con horcas y grandes garrotes, atacaron la casa de sus enemigos. La señora de la casa salió a la calle y, a la vista de todo el mundo (incluso de mi padre y de mí, que pasábamos casualmente por delante), se levantó las faldas y las enaguas hasta la cara, enseñando los genitales. Los enemigos de su familia huyeron aterrorizados.

Fuera del mundo occidental, en las islas Marquesas, los antropólogos han descubierto una reverencia similar ante los genitales femeninos, aunque con una pequeña variante. La cultura polinesia atribuye un poder sobrenatural a los genitales de la mujer, y según los habitantes de las islas Marquesas, la vulva es tan poderosa que puede aterrorizar a los dioses y expulsar a los demonios del cuerpo. Por eso, en esta parte del mundo, para llevar a cabo un exorcismo, una mujer desnuda se sienta sobre el pecho de la persona poseída. Pero la fe en los misteriosos poderes de la anatomía sexual de la mujer no se limita a esto: además, los habitantes de las Marquesas creen que una mujer puede echar mal de ojo a alguien si le da el nombre de sus genitales. Yo no he tenido ocasión de comprobarlo, por el momento.

Como vemos, son muchas las comunidades que atribuyen poderes a la vulva, un órgano temible para quien contempla su exhibición. Pero el gesto de mostrar los genitales tiene otras implicaciones. Se-

gún algunas tradiciones, la vulva no solo sirve para alejar la desgracia, sino que puede ejercer una influencia de carácter nutricional. Por otra parte, la historia demuestra que la exhibición de los genitales femeninos se usaba para favorecer la fertilidad de las plantas y de las personas. Hasta el siglo XX, en algunos países occidentales, las campesinas se levantaban la falda delante del lino recién plantado y decían: «Crece hasta la altura de mis genitales». Se ha sugerido que el cuento de Blancanieves podría inspirarse en un antiguo ritual italiano destinado a aumentar la productividad de la tierra: una muchacha noble y bella es enviada a una mina de hierro que se está agotando para que muestre a la Madre Tierra la esencia de su energía femenina. Según esta teoría, la historia de Blancanieves nació en las orillas del Cordevole y al norte de Belluno, en la región italiana de los Dolomitas, una zona famosa por sus minas de hierro y magnesio.

La fe en el poder fecundador de la exposición de la vulva puede tener otras manifestaciones más sutiles. En el Antiguo Egipto, las mujeres se desnudaban frente a los sembrados con un doble propósito: en primer lugar, su gesto pretendía ahuyentar a los espíritus malignos, pero este acto apotropaico tenía una segunda consecuencia: con el campo libre de espíritus, mejoraba la cosecha. Por lo tanto, la exhibición de la vulva servía tanto para ahuyentar a los malos espíritus como para mejorar la fertilidad, ya que el primer resultado llevaba al segundo. Este doble propósito está presente en una costumbre relatada por Plinio, según la cual las mujeres que atravesaban un sembrado con el sexo desnudo antes de que saliera el sol podían eliminar las plagas. Parece que una de las actuaciones con que concluye la fiesta de la cosecha en las islas Marquesas, la *ko'ika to'e haka* o danza del clítoris, se lleva a cabo para agradecer una buena cosecha y para reclamar la misma abundancia en el año siguiente. Esta danza tradicional corre a cargo de mujeres jóvenes que se levantan el pareo para enseñar la vulva, el clítoris y los tatuajes rituales que adornan sus genitales.

LOS GRIEGOS LO LLAMABAN *ANA-SUROMAI*

¿De dónde surge este gesto de orgullo femenino que atraviesa épocas, continentes y culturas? ¿Cuál es el origen y el significado de esta

exhibición destinada a ahuyentar la desgracia y favorecer la fertilidad, en un gesto que en el siglo XXI nos parece escandaloso y remoto? Encontramos una de las descripciones más explícitas en una de las civilizaciones más antiguas del mundo, la del Antiguo Egipto. De hecho, la exhibición de la vulva femenina era habitual en las celebraciones rituales egipcias, tal como recogieron los autores de la época. Uno de estos cronistas fue Heródoto, el célebre historiador griego, que viajó por todo Egipto en el siglo V anterior a la era común (a. EC). Para Heródoto, el mundo egipcio era un reverso del suyo, porque en Egipto, según explica: «Las mujeres van al mercado, negocian y se ocupan de los comercios, mientras sus maridos se quedan en casa tejiendo». Y en aquel entorno que para Heródoto subvertía los papeles sexuales, la exhibición del sexo femenino era un elemento más de la religión. Heródoto buscó un nombre para definir esta costumbre, bien porque la encontrara curiosa o porque necesitara explicarla de algún modo a sus compatriotas. La llamó *ana-suromai*, a partir de un verbo griego que significa literalmente «levantarse el vestido». A veces, en lugar de *ana-suromai* se usan las expresiones *anasyrma* o *anasyrmos*.

Heródoto fue testigo presencial de las fiestas anuales de Bubastis, la más concurrida de las celebraciones egipcias, el Glastonbury o el Kumbh Mela de aquellos tiempos. En este festival se rendían honores a la diosa gata Bast o Bastet, una de las más populares del panteón egipcio. El principal centro de culto de Bastet, diosa del placer, la danza, la música y la alegría, era el templo de la ciudad de Bubastis («la casa de Bast», actual Zagazig), en la orilla del Nilo. Heródoto, en su *Historia* (escrita en el 445 a. EC), cuenta que cada año, cientos de miles de fieles llegaban en barco al templo para celebrar un desenfundado carnaval religioso en honor de la diosa felina:

Barcazas llenas de hombres y mujeres remontan el río para acudir a la fiesta de Bubastis. Algunas de las mujeres arman gran bullicio con las castañuelas, mientras que otras tocan la flauta; hombres y mujeres cantan y dan palmas. Cuando pasan junto a un pueblo, arriman la barca a la orilla y entonces... algunas de las mujeres empiezan a bailar, y otras, de pie en el barco, exhiben su sexo... Gritan y se burlan de las mujeres del pueblo, que las miran desde la orilla. Hacen lo mismo en cada una de las aldeas por las que pasan. Al llegar a Bubastis se celebra una fiesta con nu-

merosos sacrificios, y se dice que en esos días se bebe más vino que en el resto del año. Según cuentan los habitantes de Bubastis, pueden llegar a reunirse hasta setecientas mil personas, entre hombres, mujeres y niños.

Curiosamente, hoy en día los gatos siguen guardando una inextricable relación con los genitales femeninos y con otros aspectos de la feminidad. En Gran Bretaña, la palabra *pusse* («minino») empezó a usarse como sinónimo de vulva en 1662; hoy en día se ha convertido en *pussy*. En Francia y en Italia respectivamente, las palabras *chatte* y *gatta*, que significan «gata», también sirven para nombrar el sexo de la mujer. En muchas culturas, los gatos se relacionan con el sexo, con la sexualidad femenina y, a veces, con la prostitución. Las mujeres son felinas; los hombres no lo son nunca. En muchos lugares se respeta a los gatos porque se les atribuyen poderes mágicos; por ejemplo, son acompañantes habituales de las brujas. En otros sitios, como en Japón, se cree que estos animales traen buena suerte. En los burdeles japoneses, el gato señala la índole del establecimiento: un lugar donde se puede ver, y no solo ver, el sexo femenino. Muchos siglos después de las fiestas egipcias en las que las mujeres se exhibían en honor de Bast, la diosa felina del placer, seguimos relacionando los gatos y la vulva.

Heródoto no fue el único testigo de la sorprendente exhibición denominada *ana-suromai*. El griego Diodoro Sículo, también conocido como Diodoro de Sicilia, fue otro de los que contempló esta costumbre. Diodoro, autor de una célebre historia del mundo en cuarenta volúmenes, viajó a Egipto en el 60 a. EC, unos cuatrocientos años después de que Heródoto describiera las fiestas de Bubastis. La crónica de Diodoro se sitúa en la primera capital de Egipto, Menfis, bautizada de este modo en honor de Men-Nefer, diosa virgen de la luna. En Menfis, la exhibición ritual de los genitales femeninos se llevaba a cabo en el templo de Serapis, donde se adoraba un toro sagrado. Para los egipcios, Apis, el gran animal astado, encarnaba a Ptah, deidad suprema del poder creativo. Como señal de la importancia de Ptah, cuando el toro del templo moría había que sustituirlo por otro, y este intercambio de toros sagrados era el momento elegido para el rito del *ana-suromai*. Explica Diodoro: «Durante los cuarenta días posteriores a la consagración de un nuevo Apis, las mujeres pueden

entrar en el templo para ver al animal. Una vez dentro, se colocan de pie delante del toro y se levantan la túnica».

Se cree que el propósito de este curioso ritual era acrecentar la virilidad de Apis. La idea de que la exhibición de la vulva aumenta la fecundidad tiene que ver con una de las preocupaciones básicas del Antiguo Egipto: la importancia de la fertilidad, tanto de la tierra como de las mujeres. Hoy se cree que muchos de los ritos y creencias de la sociedad egipcia pretendían precisamente favorecer la fertilidad. ¿Podría ser que el *ana-suromai* —en el Antiguo Egipto o en el mundo occidental del siglo XX— surgiera de este mismo deseo primigenio?

LA MITOLOGÍA DE LA EXHIBICIÓN

Las mitologías de diferentes culturas pueden aportarnos las claves necesarias para desentrañar el origen y el significado de la exhibición ritual de los genitales femeninos. Los mitos son historias o tradiciones que tratan sobre alguna cuestión fundamental de la vida humana y a las que su cultura otorga una autoridad, aunque no transmitan necesariamente una verdad literal, histórica o científica. Se ha dicho que es imposible comprender un pueblo o una sociedad sin conocer su mitología. Todas las culturas, en el pasado y en el presente, han elaborado mitos que recogen sus creencias básicas, sirven de modelo de comportamiento y justifican instituciones, costumbres y valores. Muchas veces, entre los mitos de diferentes sociedades se encuentran similitudes y paralelismos que no se pueden explicar únicamente por influencias recíprocas. Esta congruencia se ha atribuido al hecho de que los mitos expresan unas pautas comunes de pensamiento sobre las cuestiones fundamentales de la vida.

La idea de que la exhibición de la vulva tiene un poder determinado aparece en diferentes mitologías; y esta forma de considerar a la mujer y a los genitales femeninos se mantiene vigente en diversas tradiciones folclóricas. Hay dos tipos de leyendas relacionadas con este asunto: algunas destacan la capacidad del gesto para ahuyentar el mal, mientras que otras se centran en su influencia sobre la fertilidad. Encontramos el primer tipo de *ana-suromai* en la mitología griega y en la irlandesa, dos culturas con una gran tradición oral. Estas leyen-

das se basan en la idea de que la exhibición colectiva de los genitales femeninos tiene un gran poder apotropaico: según esto, un grupo de mujeres puede enseñar al enemigo lo que tienen entre las piernas para avergonzarlo y derrotarlo. Estos mitos recuerdan el relato de Plutarco sobre las persas que se enfrentaron a sus compatriotas.

El mito de Belerofonte recoge otra creencia muy extendida: la de que la visión de la vulva puede apaciguar un mar agitado. Belerofonte es el héroe griego que domó a Pegaso, el caballo alado. Cuando atrapó al caballo, Belerofonte se volvió invencible y consiguió llevar a término una empresa que otros habían intentado antes: matar a la Quimera, un monstruo femenino con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de serpiente. Además, Belerofonte venció a las Amazonas, la brava estirpe de mujeres que residían a la orilla del mar Negro. Sin embargo, este gran guerrero fue derrotado cuando volvió a la ciudad de Xantus para enfrentarse a su enemigo, el rey de Licia. Antes de llegar a Xantus, Belerofonte suplicó al dios Poseidón que inundara el valle; Poseidón atendió su ruego y envió una oleada tras otra. Cuando Belerofonte entraba en la ciudad a lomos de Pegaso, los hombres le rogaron, sin éxito, que frenara la inundación. Pero las mujeres de Xantus se acercaron a su enemigo vadeando el agua y lo abordaron con las faldas por la cintura, enseñando los genitales. Gracias a su exhibición, las aguas retrocedieron, Pegaso se asustó y Belerofonte tuvo que retirarse avergonzado, vencido por el poder de la vulva.

Una antigua leyenda gaélica sobre Cúchulain, el dios irlandés del sol, recoge también la potencia del *ana-suromai*, sobre todo cuando es un gesto colectivo. La exhibición se produce cuando el joven Cúchulain («el perro de Culain») decide plantar batalla a sus compatriotas. Aunque muchos tratan de disuadirlo diciéndole que su plan está condenado al fracaso, nadie lo consigue. Al final intervienen las mujeres. Bajo las órdenes de Scannlach («la Traviesa»), ciento cincuenta irlandesas cierran el paso a Cúchulain. En una versión de la leyenda escrita entre 1186 y 1192 se dice lo siguiente:

Y todas exhibieron su desnudez
y su desvergüenza ante sus ojos.
El muchacho apartó la mirada
y escondió su rostro

detrás del carro
para no ver la desnudez
ni la desvergüenza de las mujeres.

EN TIERRAS AFRICANAS

Hay ecos de estos mitos griegos y gaélicos en las costumbres de algunas sociedades africanas vigentes todavía en el siglo XXI. El *anlu* es una práctica tradicional de los kom, una tribu del este de Camerún con una peculiaridad significativa: su cultura es matrilineal, es decir, la posición social de cada persona depende de la vagina de la que ha surgido. El *anlu* es esencialmente un castigo impartido por las mujeres, en el que intervienen el baile y la exhibición ritual de los genitales. Algunas de las infracciones que se castigan con el *anlu* (de *-lu*, que significa «ahuyentar») son las siguientes: maltratar a una anciana, una embarazada o una mujer de la familia; cometer incesto; agarrar los genitales del rival durante un combate; insultar a una mujer de la familia con frases como «Tienes la vagina podrida». Un dato significativo es que el *anlu* es un castigo grupal.

Veamos una descripción del *anlu* hecha por un varón kom:

El *anlu* comienza cuando una mujer arquea la espalda y suelta un grito muy agudo que interrumpe golpeándose los labios con los dedos. Cualquiera otra mujer de la aldea, al reconocer el sonido, deja lo que está haciendo y corre en la dirección de la que viene el chillido. Enseguida se forma un grupo de mujeres que empiezan a bailar desenfrenadamente, al ritmo de canciones improvisadas que hablan de la falta cometida y tratan de mover a la acción. Las mujeres acusan al ofensor e invocan a las almas de sus antepasados para que participen en el *anlu*. Después desaparecen en el bosque y regresan antes de que salga el sol, vestidas con lianas y prendas masculinas y con la cara pintada, para completar el ritual. Cada una lleva en la mano una fruta en forma de huevo que, si se usa para golpear a una persona, puede «secarla». Las mujeres entran bailando y cantando en la casa del culpable. No parecen humanas y se comportan como locas. Exhiben sus partes pudendas mientras cantan canciones cada vez más salvajes...